

lo que pudiéramos nosotros decir, aparecida casi de repente, obra maestra incomparable, realizada de un solo golpe, sin ensayo ni experimento preliminar alguno, es un hecho verdaderamente milagroso y sobrenatural. Todo parece indicar que dicho monumento fué construido por las colonias que, bajo la direccion acaso de Cham ó de Mezraim, penetraron las primeras en Egipto despues de la dispersion (1), conservando intactas, sin duda por una intervencion providencial, las tradiciones antiluvianas y los procedimientos artísticos ó científicos, puestos ya por obra en la construccion de la torre de Babel, tradiciones y procedimientos mucho mas adelantados y extensos de lo que podemos imaginarnos. La gran pirámide pudiera ser, pues, una obra inspirada, como el arca santa, el tabernáculo y el primer templo de Jerusalem. Un ingeniero escocés distinguido, M. Saint-John Vicent-Day, que resumió admirablemente las maravillas de dicho edificio en una memoria leida en el seno de la Sociedad filosófica de Glasgow, cree sinceramente en una mision é inspiracion divinas, tanto mas en cuanto la gran pirámide no fué de ningun modo una tumba, que nada, en su construccion, revela un monumento levantado á gloria de un hombre, y que la ausencia de inscripciones y de nombres propios le quita todo carácter de una obra puramente humana.

¿Qué sabemos nosotros, por otra parte, de la ciencia de los antiguos hebreos? ¿No era acaso mucho mas vasta de lo que se cree generalmente? Séame permitido consignar aquí lo que he encontrado por casualidad en un libro, que se ha hecho inhallable en Francia, y que he debido sacar de la biblioteca de Lausana: *Observaciones sobre Daniel* por Juan Ph. L. de Chézeaux. *Segunda parte astronómica*. Lausana, 1777. El profeta Daniel, cap. VII, v. 12, y cap. VIII, v. 14, designa dos periodos de tiempo mis-

1) Una interpretacion reciente sobre algunos datos métricos suministrados por la gran pirámide, induce á fijar la fecha de la dispersion de los pueblos (ó naciones) en el año 2323 antes de Jesucristo.

terios: el primero, compuesto de un tiempo, de un semi-tiempo y de dos tiempos, es decir 1260 años; el segundo es de 2300 tardes y mañanas, días ó años. Chézeaux, que descubrió el ciclo de 315 años, despues del cual el sol y la tierra vuelven á 7 ú 8' del arco, á corta diferencia, al mismo punto del cielo de donde partieron, notó que dicho número 315 es el cuarto del número de Daniel 1260; é infiere de ahí que el periodo de 1260 años julianos debia de ser el mismo un ciclo luni-solar. En efecto, al cabo de 1260 años julianos, el sol y la luna vuelven, con un semi-grado más ó menos, al mismo punto de la eclíptica. Examinado del mismo modo, y convertido en un periodo de 2300 años el segundo número de Daniel, se ha mostrado que era un ciclo perfectísimo, cuyo error, diez veces menor que el ciclo de Calippo, era exactamente el del ciclo de 1260 años. Esta misma igualdad de error obligaba á inferir que la diferencia (1040 años) entre ambos ciclos debia de ser un ciclo perfecto, á la vez solar, lunar y diurno, ciclo buscado hacia largo tiempo, y que se habia acabado por considerar como quimérico ó imposible. El acuerdo de dicho ciclo con las observaciones y las tablas astronómicas mas célebres, es de tal manera extraordinario, que uno siéntese inclinado á considerarlo como revelado. Las posiciones que arroja difieren menos de las posiciones reales de lo que las posiciones de las tablas no difieren entre sí. El error cometido es promedio entre los errores de las tablas, 0',45 para el sol, 0',26 para la luna. El sol hace en 379852 días 1040 revoluciones respecto del primer punto de Aries; la luna hace en 379852 días 1040 revoluciones completas relativamente al sol. El ciclo de Daniel da por longitud media del año 365 d. 5 h. 48'55", año mas largo de 7 ó 8" que el de Cassini, mas exacto, sin comparacion alguna, que el de Tycho-Brahe.

Otra consideracion extraña. En el año 652, fecha la mas probable de la revelacion hecha á Daniel, el equinoccio de primavera, el solsticio de verano y el equinoccio de otoño acaecieron tres veces á la misma hora, al mediodia,

en el meridiano de Jerusalem, conforme lo requiere el medio movimiento que resulta del período de 1040 años.

¿Qué es lo que pudo inducir, pues, á Daniel á hacer alusión á unos períodos que tienen relaciones tan maravillosas con los movimientos de los astros; y cómo concebir que, no contento con indicar tales períodos, hubiera escogido para la época de los mismos un año caracterizado de una manera tan singular por las circunstancias del curso del sol? En otra carta con fecha del 12 de junio de 1771, M. de Mairan, el entendido astrónomo, escribía á M. de Chézeaux: «No hay medio alguno de renegar de estas verdades, de estos descubrimientos; mas yo no puedo comprender cómo y por qué ellas se hallan tan realmente contenidas en la Escritura!» La Academia de ciencias de Paris, por el informe de Cassini, declaró todos los métodos seguidos para el cálculo de los movimientos del sol y de la luna, deducidos del ciclo de Daniel y de la llegada de los equinoccios y del solsticio al meridiano de Jerusalem, muy demostrados y enteramente conformes con la astronomía más exacta.

El hecho extraño del ciclo de Daniel no tiene explicación alguna, mas él se impone lo mismo que los hechos increíbles de la gran pirámide, que han venido á inaugurar de improviso la era de la humana arquitectura de piedra, no por unos comienzos insignificantes que deben ir en aumento lentamente al través de una serie de ensayos poco menos que invisibles en razon de su pequeñez y lentitud, perfeccionados sin cesar de siglo en siglo, sino por un impulso repentino de elevación, de amplitud, de majestad, de ciencia, de excelencia incomparable, alcanzando un ideal, que bajo todo punto de vista práctico es la perfección misma. Consignemos con M. Piazzi Smyth que este hecho es por sí solo, para los racionalistas, para los partidarios del estado salvaje primitivo y del desenvolvimiento sucesivo de la humanidad por sí misma, no solamente una derrota, si que tambien una catástrofe equivalente casi á un aniquilamiento, *a catastrophe approaching to annihilation.*

Séame lícito todavía, antes de terminar esta digresion, pedir á la astronomía de la gran pirámide, con M. Piazzi Smyth, la fecha del diluvio. Las fechas extremas de él son, 3246 la de los Setenta, y 2327 la de Petavio. La clave de la astronomía de las pirámides es el paso inferior al meridiano de la estrella *Alpha* del Dragon, á la altura marcada por el eje de la grande entrada. Dicho paso tuvo lugar en el año 2170, á la sazón en que las Pléyadas pasaban tambien al meridiano superior; y esta coincidencia nos ha suministrado la edad de la fundacion de la gran pirámide.

La misma estrella *Alpha* del Dragon pasó todavía á la altura indicada en los años 2200 y 3400 antes de Jesucristo, siendo ya un primer hecho notable que la fecha media del diluvio, 2786, se halle comprendida entre estos dos guarismos. Si respecto de la primera de dichas fechas, 2200, en cuya fecha todo peligro de diluvio habia desaparecido, tratamos de indagar cuáles constelaciones, á la vez equinociales y zodiacales, pasaban al meridiano por encima del polo, hallamos que esas dos constelaciones eran el *Tauro* y las *Pléyadas*. Empleado el mismo cálculo para la segunda de las referidas fechas, 3400, que las tradiciones de los pueblos y la sagrada Escritura suponen próxima al diluvio, tenemos que las constelaciones, á la vez equinociales y zodiacales predominantes, ó que pasaban al meridiano por encima del polo, eran el *Escorpion* y la *Serpiente*, á la sazón en que el *Tauro* y las *Pléyadas* no eran visibles en parte alguna. Notamos ya que, en las tradiciones y mitologías antiguas, las constelaciones del *Escorpion* y de la *Serpiente* fueron consideradas siempre como malélicas ó enemigas del género humano, al paso que, por el contrario, las constelaciones del *Tauro* y de las *Pléyadas* fueron siempre tenidas por benéficas ó amigas. Las primeras caracterizan, pues, muy naturalmente un período de peligro, y las segundas un período de salvacion. Empero, pasemos mas allá; hagamos el mismo cálculo respecto de una época media, aquella en la

cual *Alpha* del Dragon habia llegado á su minimum de distancia del polo, aunque describiendo siempre un círculo circumpolar, con su doble culminacion inferior ó superior, es decir, respecto del año 2800, que es á muy corta diferencia el promedio entre las fechas asignadas al diluvio por varias versiones de la Biblia. ¿Qué hallaremos, pues, en este caso? Un resultado verdaderamente inesperado y extraordinario. Cuando *Alpha* del Dragon pasaba al meridiano por debajo del polo, la constelacion que pasaba al meridiano por encima del polo era el *Acuario*! Hay más, en dicha época el meridiano cortaba el orificio del vaso de donde surge el chorro de agua, para cortar mas tarde el chorro mismo, luego la constelacion de *Piscis*, en seguida el *Aries*, y finalmente, en la fecha claramente caracterizada de la fundacion de la pirámide, 2170 antes de Jesucristo, las Pléyadas esperan el *Tauro*, cuando *Alpha* hallábase á tres grados de distancia del polo. Pues bien, la constelacion del *Acuario*, en las tradiciones tambien de todos los pueblos, hállase unida por un lazo íntimo, como por una relacion entre causa y efecto, á la catástrofe del diluvio. M. Piazzi Smyth admite, pues, los 2800 años antes de Jesucristo como la fecha verdadera del diluvio. Todo esto es asombroso, improbable, imposible, exclamarán acaso. ¡Mas todo esto es así! Tantas aproximaciones y coincidencias, en consonancia entre unos datos de indoles tan opuestas y extrañas entre sí, no pudieran ser efecto de la casualidad. La gran pirámide es evidentemente una obra divina, un monumento inspirado ó providencial. Y ¿quién sabe si él no tenia por destino futuro el suministrar una respuesta victoriosa á las objeciones sin número que una ciencia rebelde viniera á suscitar contra el dogma fundamental de la creacion reciente del hombre?

Esta disertacion, eminentemente interesante por lo demás, prueba cuando menos hasta la evidencia, que la civilizacion egipcia no se pierde, como se quisiera, en la noche de los tiempos, y que se halla casi encerrada en el cuadro de la historia, puesto que la gran pirámide, mo-

numento ciertamente histórico, es tambien ciertamente el mas antiguo, aunque sea con mucho, el mas grandioso y perfecto de todos los monumentos egipcios. Los monumentos de Tebas no son anteriores al año 1800 antes de Jesucristo, y las pinturas que tapizan los muros de sus templos representan muy probablemente las hazañas de Ramsés el Grande, 1400 años antes de Jesucristo.

Una vez resuelta respecto del Egipto la cuestion de la antigüedad del hombre, viene á serlo por ende respecto de todos los demás pueblos menos antiguos ciertamente que los egipcios. Hallándose resuelta históricamente esta grave cuestion, hállase tambien resuelta geológicamente, por confesion al menos de nuestros adversarios mas acérrimos. M. Luis Buchner dice, en efecto, en su libro intitulado: *El Hombre segun la ciencia*, pág. 127, línea 28: «¿De qué sorpresa, de qué admiracion no debemos sentirnos poseidos, al pensar que en los tiempos en que el aborigena europeo, con sus pobres armas de piedra, perseguia á las fieras, ó bien habitaba en chozas de madera encima de las aguas, teniendo por sustento los productos de la caza ó de la pesca, ya en el otro lado del Mediterráneo, en la feliz comarca que riega el Nilo, aparecian algunas ciudades opulentas y magnificas; las artes y las ciencias de todo género eran cultivadas; una casta sacerdotal, letrada y poderosa, sostenia con mano firme las riendas de un gobierno regular, y verosimilmente alimentaba algunas relaciones comerciales á lo largo del litoral mediterráneo?»

M. Desdonits, en sus *Veladas de Monthéry, tercera edicion*, páginas 402 y siguientes, hace estas reflexiones que revelan en parte el secreto de la gran pirámide:

«Antes de la gran catástrofe del diluvio existian algunos hombres, habia algunas ciencias, habia una astronomia cualquiera. Dicha astronomia era el fruto de 2000 años de observaciones. Pues bien, ¿qué no pudo producir una duracion de 20 siglos en la primera edad del mundo? Mucho

mas tal vez que los 5000 años que de ella nos separan. En efecto, ¿qué vale la inteligencia del hombre llegado á su edad madura? Ella vale lo que pueden producir 30 años de experiencia de la vida, 30 años de cavilaciones y de estudios, y al cabo de este tiempo tan corto, ella ha llegado á su apogeo. Suponed ahora unas vidas patriarcales; ya no son 30 años, son 3 siglos de experiencia y de observaciones. ¿Cuántos conocimientos no poseerá el hombre que hubiere observado, meditado, sentido la vida, sentido el cielo y sentido la tierra por espacio de 5 á 6 siglos? Suponed además, lo que la analogía hace verosímil, que la capacidad de las facultades intelectuales de dicho hombre, de su memoria sobre todo, guardará proporción con sus facultades físicas, ó por lo menos con el vasto núcleo de conocimientos adquiridos recorriendo esa larga carrera. Bien claro echareis de ver que una duracion de 2000 años explotada por unos hombres semejantes, debiera ser para ellos un manantial de conocimientos de toda clase, mucho mas fecunda en resultados de lo que pudieran serlo 20 siglos respecto de la humanidad degenerada. Es, pues, posible y aun probable, que los conocimientos científicos en la época del diluvio eran muy superiores á nuestras mezquinas luces del año 1834. Dichos conocimientos debieron igualmente pasar al mundo postdiluviano en la persona de Noé y de su familia.

«Tales hombres podian conocer los principales hechos de la astronomia, por ejemplo la medida del año, la de las revoluciones lunares, la posicion de los equinoccios y de los solsticios en el zodiaco, acaso la precesion, las leyes de la vuelta de los eclipses, etc. Parece que el gran ciclo luni-solar, ó grande año de 600 años, les era conocido, conforme lo atestigua Josefo. (*Antig. jud.*, tom. I. cap. V.) Es muy verosímil que estos conocimientos fueran transmitidos al través del diluvio, reducidos á la simple expresion del hecho, aparte de los métodos, de cálculos y de cuanto concierne á la ciencia astronómica propiamente dicha... Bajo este supuesto, no debiéramos sentirnos ambaraza-

dos por los emblemas antidiluvianos de los monumentos de Egipto, ni por los números misteriosos de sus sacerdotes, cuyos números revelaban una ciencia que ellos mismos no comprendian.»

Así se explicaria principalmente el milagro y el misterio de la gran pirámide revelado por M. Piazzi Smyth. Ya en 1834, M. Desdoutis decia, pág. 406: «La gran pirámide de Gizeh, si es que ella sea una otra egipcia, debe pertenecer á una época remotísima. Ella es incontestablemente la mas antigua; hállase desprovista por completo de inscripciones jeroglíficas, sin que las hubiera ni aun sobre el sarcófago que fué encontrado allí. Comparada á las pirámides de Sonora, dicho edificio es una obra maestra de la cual estas últimas se hallan á una distancia infinita; ella nos pone igualmente de manifiesto, en los medios de labrar la piedra y en todas las artes que este trabajo supone, una grandísima perfeccion. Por largo tiempo, lo confieso, estuve dudando que las pirámides de Gizeh fueran una obra egipcia, y yo las consideraba como unos monumentos antidiluvianos.»

En resúmen, pág. 410: «Dichas pirámides suponen una civilizacion asaz adelantada y antigua, mas esa civilizacion es la de los siglos y del mundo antidiluvianos. Tal herencia solo puede hallarse en manos de una nacion jóven todavia, como lo era en aquellos tiempos el pueblo de los primeros Faraones. Los hombres que echaron los primeros cimientos de la torre de Babel no eran ciertamente unos ignorantes salvajes, y yo presumo que la idea de las grandes pirámides pudo ser una reminiscencia de esta famosa torre.»

Algunos escritores poco formales hicieron valer, en favor de la antigüedad desmedida que atribuyen á la monarquia egipcia, el tiempo enorme que hubieran requerido su civilizacion adelantada y los edificios colosales que levantaron los egipcios.

El Faraon de Abraham era un monarca poderoso y opulento, rodeado de cortesesos ocupados en lisonjear sus

gustos y pasiones. Dicho potentado colmó á Abraham de presentes. El Faraon de Jacob tenia varias provincias, algunos distritos, un consejo de ministros, sacerdotes, cárceles, un capitan de guardias, un copero mayor, un panadero mayor, graneros públicos, anillos de oro, mantos preciosos y carrozas. Hacia el comercio y el tráfico de esclavos; doblábase la rodilla ante él, etc.

Todo esto es una verdad, mas desde el diluvio hasta el tiempo en que Jacob huyó á Egipto, trascurrieron 750 años. Pues bien, la historia nos enseña que en menos de 350 años las dos grandes monarquias de los peruanos y mejicanos llegaron á ser muy florecientes, aun en las ciencias y artes, y que sus monumentos fueron erigidos en dicho intervalo de tiempo.

M. Tyndall, en un elegante discurso sobre el Papel científico de la imaginacion, hizo esta digresion insidiosa:

«Hace dos ó tres años, en un antiguo colegio de Londres, que era un instituto clerical, oi una conferencia notabilísima dada por un hombre muy respetable. Tres ó cuatrocientos miembros del clero hallábanse allí reunidos. El orador principió por la civilizacion del Egipto en los tiempos de José, poniendo de manifiesto que la organizacion verdaderamente perfecta de aquel reino y la posesion de las carrozas régias, sobre una de las cuales subió José, indican un período muy largo de civilizacion anterior. En seguida trató de los depósitos de aguas del Nilo, de la ley de sus avenidas, de su densidad actual, de los restos de trabajo humano que se encuentran en su seno, luego de las rocas que circuyen el valle, y que están atastadas de restos orgánicos. Prosiguiendo así su senda abierta y maravillosa, dicho señor hacia que la idea de la edad del mundo se desarrollara por sí misma indefinidamente en el ánimo de su auditorio, haciendo resaltar el contraste de ese largo período con el que se fija ordinariamente respecto del mundo. Durante su discurso parecia nadar contra un torrente; pensaba, según

toda evidencia, que se ponía en oposicion con una conviccion general, y esperaba ser combatido: esto mismo esperaba ya con él. Mas era una equivocacion. No hubo opinion contraria ni conviccion opuesta ni resistencia alguna, sino acá y acullá algunos murmullos impotentes para detener al orador en su peroracion. La Asamblea aceptó cuanto se habia dicho anteriormente respecto de la antigüedad de la tierra y de su ruta. Todos reconocian, en efecto, esa antigüedad de larga fecha, y hacian mofa, con buen humor, del lector que venia á recitarles una historia añeja. Era de todo punto evidente que aquella numerosa reunion de miembros del clero, que eran, bien puedo decirlo, los modelos más selectos de dicha clase, habia abandonado completamente las antiguas fronteras y trasformado el origen de la vida en un pasado infinitamente remoto.»

¿Podria M. Tyndall acaso sospechar que cada uno de nosotros, sacerdotes católico-romanos, se halla dispuesto á repetir el sermon que le pareció tan sorprendente y edificante? Nosotros conocemos el origen y la fecha más lejana de la civilizacion de Egipto. Dejando á un lado tal vez el vehiculo que trasporta la imaginacion del elocuente fisico, creemos que la civilizacion de la tierra de Cánaan no fué inferior á la del Egipto. José no era más bárbaro que Faraon; éralo, por el contrario, mucho menos, puesto que Faraon admiró su sabiduria y le constituyó señor de su casa, administrador general de su imperio. Y la civilizacion de Jacob, lo mismo que la de Faraon, era una especie de herencia transmitida á los egipcios al par que á los hebreos por los hijos de Noé ó sus descendientes, herederos de una civilizacion adelantada, ó aun ultra-adelantada, ya que debianse á ella la decadencia y la depravacion expiadas por el diluvio. En segundo lugar, los fragmentos de obras de arte halladas en los depósitos del Nilo, no indican en manera alguna para el hombre una antigüedad incompatible con la reseña de los sagrados libros. Dichos depósitos constituyen

un verdadero Delta. Algunos terrenos cuaternarios, y aun recientes, y varios hechos incontestables, prueban que la antigüedad de los restos de la industria humana no es de ningún modo medida por la profundidad en la cual ellos se encuentran, ni proporcional á dicha profundidad. En tercer lugar, los restos orgánicos oculos en las rocas que bordean el valle del Nilo, lo mismo que aquellos de las capas más hondas, no tienen conexión alguna con la antigüedad de la aparición del hombre sobre la tierra.

Además, tampoco fueron menester muchos siglos para levantar tantos monumentos. La monarquía de los Incas, que no contó más que trece reyes y sólo subsistió unos 350 años, y la de Méjico que duró menos todavía, legaron un número de monumentos que, tanto por su grandiosidad como por las dificultades y los gastos que ocasionó á la empresa, pueden ser comparados á las pirámides, los obeliscos, los templos y los palacios del Egipto. Herodoto afirma que los reyes de Egipto empleaban hasta 300000 hombres á la vez para ejecutar una obra. Sus más colosales empresas debieron, pues, ser llevadas á cabo en cortísimo tiempo. Beroso asegura que el magnífico palacio de Babilonia fué construido en quince días. Los chinos terminaron su gran muralla en cinco años.

Los instrumentos de trabajo no faltaron, más tampoco á los constructores de las pirámides el tiempo y los operarios. Los partidarios *á priori* de la antigüedad indefinida del linaje humano, para dar algún viso de razon á su sistema, bien pueden aguzar su ingenio inventando la sucesión de las tres edades de piedra, de bronce y de hierro. Empero, lo que hay de cierto es: 1.º que en las pirámides no se encuentran sílices labrados en cantidades y dimensiones suficientes para que sea permitido suponer que ellos fueron los únicos utensilios de los constructores. 2.º En parte alguna, en monumento alguno un tanto antiguo, háanse encontrado utensilios ó fragmentos de utensilios en bronce endurecido ó templado, capaces para cortar y la-

brar la piedra; sin embargo el bronce es casi enteramente inoxidable, y el clima de Egipto es eminentemente conservador. No, en todo el valle del Nilo no se ha encontrado una sola reliquia de bronce, respecto de la cual pueda asegurarse con certeza que sea tan antigua como los materiales, los utensilios ó las inscripciones jeroglíficas que atestiguan la existencia del hierro que poseemos hoy (1). 3.º No sólo hállanse representados en las pinturas sepulcrales de la cuarta dinastía, en Menfis, algunos instrumentos de hierro, sino que se ha encontrado en Menfis mismo, en los monumentos, hierro metálico maleable, que todo el mundo puede ver hoy en Inglaterra. Y no sólo hállase hoy el hierro en dicha localidad, sino que ha sido descubierto en el más antiguo de los monumentos de la tierra, por común confesión de casi todos los arqueólogos. Si en aquel monumento, el más antiguo de todos, háse encontrado el hierro, no en un sitio ó en unas circunstancias que puedan inducir á creer que fuera depositado allí por algun accidente ó con deliberado propósito, en una fecha posterior á la de la erección, sino en unas condiciones tales, que no pudo ser olvidado allí más que cuando la construcción hallábase en vía de ejecución.

Estrañarése sin duda en gran manera el saber que, á la sazón en que una masa de hierro fué desprendida ó desgajada de la sólida mampostería de la gran pirámide, por la mina practicada por el coronel M. Howard Wisse, hace 35 años, no se hiciera alusión alguna siquiera sobre ello por los historiadores de la metalurgia. Dicho trozo macizo de hierro no fué exhumado de la masa enorme de materia acumulada en torno de la gran pirámide; fué encontrado muy cerca de su cúspide, en su interior, cerca de la boca del paso de aire ó respiradero del sud, como lo prueban los certificados de MM. J. B. Hill, J. S. Perring, Ed. S.

(1) Véase el folleto *On some evidence as to the very Early use of Iron and on certain old bits of Iron in particular* by S. John-Vincent Day, F. R. S. Edimburgo, Edmoston and Douglas, 1878, pág. 8 y siguientes.

Andrews y James Mash, consocios del primero en el Museo británico. La boca de dicho canal de ventilación no ha sido forzada; ella tiene 8 pulgadas $\frac{1}{2}$, de largo sobre 9 pulgadas $\frac{1}{2}$, de alto, siendo resguardada de las arenas del desierto por una piedra que la obstruye. El hierro tiene, pues, una antigüedad mucho mayor de la que se le atribuye; la sagrada Biblia afirma en efecto que el trabajo del hierro era un arte antediluviano. Y nótese bien, el mencionado gran trozo de tierra fué descubierto por M. Howard Wisse, en una época en que M. Horner y otros no habían practicado sus escavaciones en el limo ó cenagal del Nilo, para encontrar allí objetos de alfarería ú otros restos de arte humano, cuyas escavaciones escitaron la codicia de los árabes, induciéndoles á practicar varias escavaciones artificiales para engañar á los arqueólogos. Además, un estudio detenido de dicha masa de hierro ha hecho descubrir en su superficie algunos fragmentos de calcáreo de numulitos de la misma piedra con la cual fué construida la pirámide. Esta circunstancia ¿no prueba acaso hasta la evidencia que aquel pedazo de hierro es contemporáneo de la erección de las pirámides? Sir Jorge Wilkinson, en su grande obra *Los usos y costumbres de los antiguos egipcios*, Londres, 1847, pág. 8, prefacio, no vacila en decir: «En el desierto de Egipto, hállanse varias minas de cobre y hierro que fueron explotadas en los antiguos tiempos. Los monumentos de Tebas y algunos otros monumentos de la ciudad cerca de Menfis, cuya construcción data de 4000 años, nos representan varios cancheros afilando sus cuchillos sobre una barra redonda de metal ceñida á su delantal, cuyo metal en razon de su color azulado no puede ser otro que el acero. ¿Con qué objeto, pues, habrían los egipcios labrado sus jeroglíficos en la piedra dura, el granito y el basalto, á la profundidad á veces de dos pulgadas y cinco centímetros, si no hubiesen conocido el acero? No deja de ser una coincidencia curiosa que el hierro en la lengua copta, lo mismo que en la lengua jeroglífica y aun en la lengua sahídica

actual, es *benipe*, que significa literalmente: *piedra de los cielos*, *piedra del firmamento*, *piedra firmamentaria*. Pues bien, dicho nombre conviene eminentemente al hierro que nunca puede encontrarse en el estado natural, como el oro, la plata, etc., encontrándose, por el contrario, casi en todas partes en el estado de hierro meteórico, caído ciertamente del cielo. ¿Resulta de ello, por ventura, que el primer hierro utilizado por los hombres fuera el hierro meteórico, y que ellos no hubieran conocido hasta mucho más tarde el hierro extraído de sus veneros ó criaderos? No es posible asegurarlo; mas lo cierto es que dicha extracción es de suyo una operación muy simple, mucho más simple en realidad que la extracción del bronce. Esta exige una verdadera fusión, al paso que el óxido de hierro calentado al contacto del carbon, con el auxilio de simples fuelles, se separa del oxígeno y trasfórmase, sea en hierro maleable, sea en acero bruto, propio para ser calentado de nuevo y trasformado por el martillo en instrumentos de todas formas. La necesidad de apoyar una idea preconcebida, la hipótesis de las tres edades sucesivas de la humanidad, ha hecho olvidar á algunos sabios de primer orden, á M. Lyell por ejemplo, esta verdad elemental. ¿Cómo negar la anterioridad del hierro al bronce? ¿Cobre cuando vemos á los habitantes del bajo Egipto, en los tiempos más remotos, labrando tan perfectamente el granito, la diorita y muchas otras piedras durísimas, en las cuales los instrumentos de bronce no pudieran hacer mella de ningún modo?»

M. Saint-John Vincent Day ofrece en su folleto algunas fotografías de tamaño natural de la masa de hierro de la gran pirámide, vista sobre sus dos caras, y aun de una hoz de hierro encontrada por M. Belzoni debajo del pie de una esfinge en Karnak, cuya hoz vése hoy en el British-Museum.

En resumen: 1.º no existe monumento alguno, cifra alguna ni emblema alguno, que pueda hacer atribuir á ningún pueblo y á los egipcios en particular unos cono-

cimientos incompatibles con los límites en los cuales la cronología bíblica encierra su historia; 2.º aun admitiendo la existencia de semejantes monumentos ó emblemas, aun concediéndoles la significación que algunos sabios creen ver en ellos, esta hipótesis concuerda todavía muy bien con la historia bíblica, ya que los conocimientos supuestos pudieron ser transmitidos á las jóvenes naciones posdiluvianas como herencia del saber del mundo antediluviano; 3.º dicha trasmisión de la ciencia de los hombres de las primeras edades no sólo pudo, sino que aun debió hacerse por Noé y su familia, ignorándose solamente en qué medida fué hecha, y cuáles modificaciones dicha herencia pudo sufrir en manos de las generaciones nuevas; 4.º por último, dicho emblemismo y las conclusiones que sacan de él los adversarios que yo combato, no solamente no contradicen el testimonio de la Biblia, sino que parecen venir en su apoyo, por el contrario, de una manera notable, puesto que únicamente, por la trasmisión de la ciencia antediluviana y la renovación del humano linaje, es posible explicar así la ciencia de las naciones en su cuna, como su incontestable ignorancia en algunas épocas posteriores.

El hombre, salido adulto de las manos de Dios creador, con toda la plenitud de su inteligencia y demás facultades, llegó á vivir hasta 900 años. Esas longevidades físicas é intelectuales sucedieron durante 2000 años. En esos 2000 años el hombre, no solamente alcanzó la civilización más adelantada, sino que aun la escedió, llegó á conocer fatalmente los excesos de esa civilización extremada. ¿Por qué, pues, no debiera admitirse que en aquel período de 2000 años las ciencias y las artes tomaron todo su vuelo? ¿Por qué motivo aquellas generaciones robustas é inteligentes, aquellos gigantes poderosos y renombrados, no solamente por su estatura y su fuerza física, si que también por su vitalidad intelectual, no hubieran realizado algunos adelantos comparables ó superiores á los

de las generaciones actuales, que hace 2000 años no habían salido todavía de la barbarie en la cual ellas habían recaído? Olvidanse demasiado esas posibilidades maravillosas; á causa del altagamamiento en que se vive por la creencia en la fábula del hombre creado en el estado salvaje.

LOS HISTORIADORES Y LA HISTORIA DEL EGIPTO.

Si, después de haber interrogado los monumentos, interrogamos la historia, el hecho de la neo-antigüedad del hombre surgirá aun del modo más ostensible. Y en primer lugar, ¿qué historiador podríamos comparar á Moisés? ¿Qué historia podríamos oponer á la del pueblo de Dios? Respecto del historiador sagrado, no son ya algunas fábulas, no son ya los orígenes nebulosos de una nación particular, ambiciosa de una antigüedad insensata, lo que observamos, sino la historia lisa y llana de la humanidad entera. ¿Qué son, en comparación de Moisés, Manethon, Herodoto, Confucio, Beroso, Sanchoniaton, etc., etc.? Moisés, dice M. Desdouts, es el más antiguo de los historiadores, el más cercano por consiguiente al origen de las cosas. Vivió 80 años en Egipto, más de 1000 años antes que el más antiguo de los historiadores profanos; al principio residió en la corte, luego en medio de los sabios y sacerdotes del Egipto. Fué iniciado en todos sus conocimientos, en todo aquello que se llama su sabiduría. No es solamente la Biblia la que lo dice; Manethon mismo, el enemigo declarado de los judíos, que no tiene para ellos más que injurias, habla de Moisés como de un rebelde y sedicioso, pero al mismo tiempo le declara sacerdote de Heliópolis; y eso, respecto de Manethon que era igualmente sacerdote de Heliópolis, es un título respecto de la ciencia más elevada, respecto de la instrucción más profunda. Y ¿para quién escribía Moisés sus anales? Para un pueblo que había vivido 215 años en Egipto, que debía conocer su historia, ó por lo menos sus

monumentos, sus tradiciones, sus pretensiones á una remota antigüedad. ¿Como concebir, pues, que él hubiera escrito para dicho pueblo una cosmogonía que hubiera venido á ostrellarse en todas sus ideas, sin interés alguno ó más bien en perjuicio de todos sus intereses, exponiéndose á perder toda su confianza por la negacion sistemática de aquello que hubiera sabido él mismo, de aquello que todos sabian con él? Preciso fuera, por lo tanto, comprobar la ignorancia de Moisés, decir que no conocia sus archivos históricos, recogidos por Manethon tantos siglos despues de él, que no habia visto esos monumentos del pasado que la ciencia moderna cree interpretar con tal precision, monumentos nuevos en su época, y que hoy no son ya más que montones de ruinas; monumentos que hablaban una lengua que era la de Moisés, lengua que nuestros sabios no hacen aun más que balbucear, y que deletrean apenas; monumentos tan cercanos á la sazón de los hechos cuyo recuerdo debian perpetuar, y que tienen 3000 años más ahora que son interrogados. Haciendo al Egipto tan poco antiguo, es imposible, de todo punto imposible, haya podido equivocarse ó querido equivocarse. Y es inferirle una grosera injuria, es ultrajar á la vez á la razon y al buen sentido, el soñar quisiera en oponerle á Herodoto y Manethon. Diré más aun; es una cobardía y una especie de atentado contra la verdad, el haber consentido en aceptar sobre este terreno, no la lucha, ya que ella es absolutamente imposible, porque por un lado vése á un gigante, y por otro un pigmeo, ó más bien un fantasma, sino el simple cotejo entre uno y otros. Al peso que el historiador del pueblo hebreo, ó mejor dicho del mundo, hállase eminentemente por encima de toda comparacion con los historiadores del Egipto, su narracion, siempre que trata de hechos contemporáneos, halla su confirmacion inesperada, palpable en el texto mismo de los historiadores profanos. Tan sólo en Sethos es donde principia en Herodoto una historia un tanto razonable con el hecho de la destruccion del ejército de Sennache-

rib. Pues bien, este hecho es un hecho biblico. Dicho acuerdo continúa bajo Rehó y Hophra ó Apries. Canaan llega á Egipto hácia 1900, bajo los reyes pastores; y bajo un rey pastor igualmente. José es ministro de Egipto. El jefe de la dinastía de los diosopolitanos, es el *rex novus qui ignorabat Joseph.* (Exod., cap. 1. 8.) Este fué quien redujo á los hebreos á la servidumbre. El cautiverio duró tanto tiempo como la dinastía 18.^a Bajo Ramsés de la dinastía 19.^a, del siglo xvi, fué cuando Moisés libertó á los hebreos. Su sucesor, Sesostris, hizo sus conquistas en Asia, mientras que Moisés y Josué anduvieron errantes por espacio de cuarenta años por el desierto. He aquí aun por qué los sagrados libros no hablan del gran conquistador. Todos los demás reyes de Egipto nombrados en la Biblia, hállanse en las monedas, ó en los monumentos, por el mismo orden de sucesion en que los sagrados libros les colocan. La Biblia, finalmente, escribe mejor sus nombres verdaderos de lo que hacen los historiadores griegos y aun que Manethon (1).

Además, la obra de Moisés, ó los libros que llevan su nombre y le son atribuidos, existe íntegra, perfectamente conservada y en todas partes semejante á sí misma. Por el contrario, la obra de Manethon, relativamente tan reciente, sólo nos es conocida por algunos fragmentos informes, y las tres versiones de dichos fragmentos informes, conservados por Eusebio de Cesarea, Julio el

(1) En el momento en que estoy corrigiendo estas líneas, M. Eisenlohr, sabio egiptólogo de Heidelberg, está publicando su traduccion sobre la conclusion histórica del discurso de Ramsés á su pueblo, el más bello, el más grande, el más correctamente escrito y el mejor conservado de todos los papiros egipcios, encontrado en una tumba por M. Harris, Director del *Hieroglyphical Standara*. Pues bien, dicha conclusion es un testimonio solemne de la veracidad de los libros santos, *testimonio treinta veces secular*, dice M. Eisenlohr, de la fundacion del culto mosaico. Ramsés refiere como consiguió sofocar una revolucion religiosa que no era otra que el apostolado monetaista de Moisés, y hace la reseña de los sucesos que dieron lugar al éxodo de los hijos de Israel.

Africano y Jorge Syncellus, presentan entre sí diferencias enormes, por no decir contradicciones desesperadoras.

Jamás se insistirá bastante sobre este carácter de verdad, y yo añadiré de divinidad, que nos ofrecen los sagrados libros, y que el cardenal Wiseman formula en estos términos: «¿Cuál ha sido el resultado de la crítica moderna en las comparaciones de todas las versiones del Nuevo y del Antiguo Testamento? Las variantes no han faltado por cierto; el número de ellas es inmenso. Mill citaba 30000 por su parte. Dicho número va en aumento todos los días; mas en toda esa masa, y por más que las versiones de todos los pueblos árabes, siríacos, armenios, etíopes, etc., hayan sido traídas á colación, por su manera de interpretar el sentido; por más que los acopios de manuscritos de todos los países y de todos los siglos hayan sido registrados una y mil veces por enjambres de sabios ávidos de arrebatarles sus tesoros;... por más que algunos críticos hayan sondeado las profundidades ó entrañas del monte Athos, ó las bibliotecas inexploradas de los desiertos del Egipto y de la Siria, etc. etc.; á pesar de todo ello, nada háse descubierto, ni siquiera una variante ó discrepancia que pueda infundir la menor duda sobre ninguno de aquellos pasajes considerados como ciertos ó decisivos, en favor de algun punto importante de la doctrina sagrada. Todas las variantes, casi sin escepcion alguna, dejan intactas las partes esenciales de cada frase. Tales resultados descorazonan á los enemigos de la religión.»

Repítamolo todavía, ningún historiador puede ser comparado á Moisés; ninguna historia podrá ser cotejada, y por consiguiente opuesta á la de Moisés; de suerte que nosotros podríamos prescindir de descender á los pormenores, y de discutir las afirmaciones que se nos oponen. Hagámoslo, sin embargo, de una manera muy rápida.

Herodoto.—No conocia la lengua del Egipto, y no pudo beber directamente en las fuentes del país. Debió contentarse con algunos relatos que le hacian sus guías y los sacerdotes de los templos que visitaba, y que no pasan de anécdotas; y aun esas anécdotas no siguen por su orden cronológico. A la sazón no se poseía conocimiento alguno de astronomía, en términos que dicho historiador afirma que con el año de 365 días, los egipcios se aseguraban la vuelta periódica de las mismas estaciones en los mismos meses del año. Herodoto admite, sin vacilacion ni comentario alguno, esta asercion de los sacerdotes egipcios: «Durante los 11341 años trascurridos desde el origen de la monarquía, el sol habia salido por dos veces de donde se pone hoy, y por dos veces habíase puesto allí donde sale al presente, sin que esto hubiera ocasionado nada de extraordinario en Egipto, sea respecto de los productos del suelo, sea respecto de los desbordamientos del Nilo, sea tocante á las enfermedades, sea por último tocante á la mortalidad.» Herodoto, aunque conocia á los atenienses y trataba de complacerles, quiso á toda costa que sus escritos formaran la lectura de un pueblo amante de lo maravilloso y extraordinario; así es que su libro hállase lleno de fábulas absurdas. No le arredran de ningún modo los 341 reyes, los 341 sacerdotes, y las 341 generaciones que los sacerdotes atribuian á los 11341 años de su monarquía; él gloriase aun, segun dicen, de haber visto en el templo de Hammon las 341 estátuas colosales de dichos 341 grandes sacerdotes. ¿Cómo es posible, pues, que nos merezca alguna confianza?

Diodoro de Sicilia.—Es un simple coleccionador que amalgamó de una manera confusa y pesada algunos datos tomados en todas las fuentes. Sus relatos sobre los anales de Egipto no tienen en verdad valor alguno. Hállase, además, en completa discordancia con Herodoto. La suma total de los reinados, no pasaria, segun él, de 6000

años. Los nombres de los reyes que cita en nada absolutamente asemejanse á los de las listas de Manethon. Mœris, que en Herodoto precede inmediatamente á Sesostris, precede, segun Diodoro, de siete generaciones. Entre Mœris y Proteo, Diodoro coloca más de veinte reinados, y Herodoto solamente dos.

Manethon.—Diodoro de Sicilia, que es posterior á Manethon de cerca de 200 años, hizo su historia segun las reseñas de los sacerdotes egipcios de Menfis y Tebas, y esa historia parécese muy poco á la de Manethon. Luego, una de dos, ó la obra de Manethon era desconocida de los sacerdotes egipcios, lo cual parece imposible, puesto que fué publicada por orden de Tolomeo Filadelfo, ó estos mismos sacerdotes egipcios no tenían fé en las listas de Manethon. Ellos eran sin embargo los jueces competentes, ya que poseían los archivos compilados por Manethon. Su historia no merece, pues, crédito alguno. La prueba de ello es que Eratostenes, por orden de Tolomeo Evergetes, pasó á Tebas para trazar, segun los informes de los sacerdotes y los archivos de esta ciudad, un cuadro de los reyes tebanos, y que dicho cuadro ó lista en nada se parece á las dinastías diospólitas de Manethon. ¿Cómo dudar, por otra parte, de que Manethon sea, no un historiador, sino un fabulista y un impostor? Diodoro de Sicilia no vaciló en declarar que era digno de poca fé; Josefo le acusa de haber compuesto relatos increíbles, cuentos mentirosos, sacados de algunas fábulas inspiradas por algunas reseñas insensatas. ¿Deberá escuchársele siquiera, cuando hace ascender la duración total de los reinados de los primeros reyes á 436000 años; cuando hace reinár ciertos reyes, no solamente por espacio de algunos centenares de años, mil doscientos y más aun, si que tambien por algunos centenares de saros, período de 18 años por lo menos; cuando inventó desatinadamente un reinado del Sol de 30000 años, un reinado de Vulcauo de 900

años, etc.? Sus listas abrazan las dinastías ó familias reales de los soberanos que reinaron sucesivamente en Egipto, y pretende ofrecer, respecto de la mayor parte de dichas dinastías, el nombre de los reyes, la duración de su reinado y la duración de la dinastía. Pues bien, todo esto era rigurosamente imposible, atendido que los egipcios no tenían cronología alguna. M. Biot no ha temido el afirmarlo así en los *Informes de la Academia*, vol. XXXVI, pág. 1861: «Los egipcios, dice, como casi todas las naciones orientales sujetas á un régimen despótico, no contaban los años de sus reyes á partir de una era fija, de manera que pudiera formarse una série continua. Contaban á partir del primer año vago en que se habia efectuado su entronizamiento, habiendo podido cerciorarse de que ese sistema de enumeracion parcial fué empleado en toda la extension del cánon de los reyes de Tolomeo, desde Nohanassar hasta Antonino inclusive; así ellos tuvieron tantas eras nuevas como soberanos reconocidos hubieron. Cuando varios principes se disputaban ó dividian el imperio entre sí, cada uno de ellos, en las partes del Egipto sometidas á su poder, partia de su propia era; luego tomaba á menudo la era de su competidor, si esta era más antigua, despues de haberle derribado. Concíbese fácilmente los obstáculos que un tal uso opone á la restitucion de una cronología continua; y muy probablemente á causa de la imposibilidad de superarlos, respecto de los soberanos de Egipto, Tolomeo no ha empleado las observaciones celestes hechas sin duda sobre su larga dominacion.» M. de Rougé (*Noticia sumaria sobre los monumentos de Egipto*, pág. 60) dice en términos formales: «Los guarismos anexos á las listas de Manethon no pudieron resistir el exámen de la crítica ilustrada por los monumentos.»

Hé aquí cuáles debieron ser, segun los diversos historiadores ó cronologistas, las fechas de las principales dinastías de Manethon:

	Le Sueur, Renan.	Mariette, Fergusson.	Bunsen, Lane, Gardner William Osburn.	Wilkinson, Rawlinson.	Cálculo astronómico.
1. ^a	5730	3892	2700	2429	
2. ^a	5472	3639	2480	2420	
3. ^a	5170	3338	2670	2399	
4. ^a	4956	3124	2440	2228	
5. ^a	4472	2840	2440	2107	
12. ^a	3435	2080	2080		
19. ^a	1314	1448	2080	1394	

Evidentemente las más antiguas de estas fechas pueden conciliarse sin dificultad alguna con la cronología bíblica, ó cuando menos con la de los Setenta; y para que la falsa ciencia quede reducida al silencio, basta que las más recientes de ellas sean posibles ó que no pueda demostrarse que sean falsas.

M. Crawford, presidente de la Sociedad etnográfica de Londres, habló en Dundee, en la reunion de la Asociacion británica, de escritores dinásticos que florecieron sobre las orillas del Nilo 8976 años antes de J. C. Interrogado sobre sus autoridades, dicho señor invocó el testimonio de M. Le Sueur, *Cronología de los reyes de Egipto*, obra laureada por la Academia de inscripciones y bellas-letras. Pues bien, es cierto que M. Le Sueur nos ofrece las dinastías de los reyes que reinaron en el alto y bajo Egipto con mucha regularidad durante miles de años, desde 11504 hasta 332 antes de J. C. Empero, al ojear su libro, uno sorprende enteramente, al observar que no cita un solo documento contemporáneo de los 7000 primeros años de su serie de reyes egipcios. M. Le Sueur, además, reconoce francamente que el monumento más antiguo es la pirámide de Jessé que coloca en el año 4000, y confiesa que, respecto de los 7000 años precedentes, no posee otra cosa que algunos fragmentos rotos de los manuscritos de Manethon, los *papyrus* de Turin escritos y editados por un escribiente muy poco hábil y menos honrado, 9000 años despues de la mayor parte de los sucesos que pretende describir.

Es de creer que las dinastías de Manethon existieron realmente; pero ¿fueron ellas sucesivas ó fueron simultáneas? El número total de su duracion es notablemente mucho más pequeño que la suma de las duraciones parciales; luego, algunas de aquellas dinastías por lo menos son simultáneas. Eusebio invoca dicha simultaneidad sin escrúpulo alguno. Es una tradicion general, dice, que los Thinitas de Menfis, Suez y Etiopía reinaron simultáneamente. Afirma como un hecho cierto que el Egipto estuvo primitivamente dividido en varios pequeños estados, que tenian sus reyes distintos. Manethon parece haberlos reunido en un solo catálogo para hacer creer que cada uno de esos principes reinó sucesivamente sobre todo el Egipto. Hace macho tiempo, dice el presidente Goguet, que se ha descubierto el artificio y que se ha dado la prueba de ello de una manera que no admite réplica alguna. Josefo hace reinar simultáneamente á los reyes pastores y á una dinastía indígena, y Bunsen suprime la 2.^a, la 5.^a, la 9.^a y la 10.^a dinastía por creerlas simultáneas. M. Mariette, juzgando las listas de Manethon por los monumentos, quiere que, consideradas en su conjunto, todas ellas sean históricas, y que generalmente sus nombres correspondan á algunos reyes verdaderos que reinaron en Egipto, admitiendo, empero, que esos reyes no gobernaron todo el Egipto, sino que mientras que los unos gobernaban una comarca, los demás imperaban en otras partes. Y añade aun: «Acaso algunos descubrimientos sucesivos vengan á probarnos un dia que, durante la existencia del imperio egipcio, hubo todavía más dinastías colatorales de lo que los partidarios de ese sistema admiten hoy.» Y, sin embargo, por una contradiccion patente, M. Mariette prosigue: «Todo indica que ese trabajo de eliminacion estaba ya hecho en las listas de Manethon... Hubo verdaderamente en Egipto algunas dinastías simultáneas, pero Manethon las desechó para no admitir más que aquellas que fueron tenidas por legítimas; y no se hallan ya en sus listas. Ninguno de los

sabios que se esforzaron por abreviar las cifras dadas por Manethon, ha llegado todavía á ofrecer un solo documento, de donde se desprenda que dos dinastías citadas como sucesivas en sus listas hubieran sido contemporáneas. Por el contrario las pruebas monumentales abundan, habiendo sido recogidas en gran número por los egiptólogos, quienes demuestran que todas las razas ó estirpes régias enumeradas por el sacerdote de Sebenytes, ocuparon el trono unas en pos de otras.» (*Mariette en Lenormant*, tom. 1.º, pág. 324.)

M. Mariette se engaña evidentemente; el historiador Artapón, citado por Eusebio, refiere que Palmanothés, rey de Egipto, había dado su hija á Chenephrés, soberano de la religión situada sobre Menfis, y añade: En aquella época el Egipto hallábase dividido entre varios reyes. Pues bien, Chenephrés y Palmanothés son dos de los reyes de Manethon. El vigésimo rey de la lista de los reyes tebanos de Eratostenes reina *cien años*, su sucesor *un año*; luego viene una reina llamada Nitocris, que reina seis. Pues bien, la 6.ª dinastía de Manethon, dicha tercera de los *Menfitas*, nos presenta tres individuos, cuyos dos primeros reinan sucesivamente 100 años, 1 año, teniendo por sucesor una reina Nitocris, que según se supone, reinó 12. Además, como la reina Nitocris sea la sola persona de este nombre en Eratostenes así como en Manethon mismo, y puesto que en Manethon, y según Herodoto, ó más bien según los sacerdotes egipcios, entre los 330 reyes predecesores de Myris, no hubo más que una reina, la cual tenía por nombre Nitocris, la identidad de esos tres individuos no podrá ser dudosa; luego ciertos reyes menfitas de la 6.ª dinastía de Manethon se hallan al mismo tiempo como reyes tebanos en las listas de Eratostenes. Luego los reinos de Tebas y Menfis fueron reunidos bajo el quinto rey de Tebas; y esa reunion pudo durar durante los dos reinados siguientes, despues de los cuales pudo haber una nueva separacion. Haciendo la suma de los reinados del catálogo de Eratostenes, desde Me-

nés hasta Nitocris, hállanse 1645 años. Luego, ó Manethon debió de exagerar de un modo fabuloso sus listas, ó bien debió de adicionar como sucesivas algunos dinastías simultáneas. Esta segunda hipótesis es más verosímil. Si se elige la primera, será preciso rebajar la cifra de 5863, que Manethon atribuye á dichas dinastías, en la proporción de 1645 á 666, ó reducir de nuevo esa proporción á 2374. Así, pues, la monarquía egipcia no parece remontarse más allá de 2574 años. Los tres reyes Saofis, Sen-Saofis y Moscherés de Eratostenes, son sin duda Sufis, Sufis II y Mencherés, los cuales se suceden en Manethon. Pues bien, el primero de ellos reinó 404 años despues de Menés según Eratostenes, y 745 años despues de Menés según Manethon. Luego, ó la cuenta de Manethon adolece de exageracion, ó es menester deducir de ella algunos reinados colaterales contados como sucesivos... Entre el Moscherés y el Appus de Eratostenes, sólo trascurren 68 años bajo dos reyes... Entre el Moscherés y el Phioips de Manethon habria por lo menos siete reyes, y según el cálculo de Champollion, cuatrocientos ó quinientos años de intervalo. Y nótese ello bien; el catálogo de Eratostenes es aceptado por todos los sabios. Por último, el gran Sesostris es, según Manethon, el primer rey de la 19.ª dinastía, al cual denomina Sethos y cuyas conquistas refiere. Pues bien, hállase por tercer rey de la 12.ª dinastía tebana el nombre de Sesostris; y además, la duracion de la 18.ª y de la 19.ª dinastía de Manethon es respectivamente de diez y siete meses y seis meses, lo mismo que la de las 11.ª y 12.ª dinastías tebanas de Eratostenes. Hé aquí, pues, que un mismo rey Sesostris encuéntrase á un mismo tiempo en la 19.ª y en la 12.ª dinastía. ¿No tenía razon Cuvier cuando afirmaba que Manethon copió varias listas, y que las copió sin entenderlas?

Dícese, empero, que entre Manethon y los monumentos existe un acuerdo verdaderamente notable. Sí, respecto de los tiempos históricos, respecto de las últimas dinastías; más entonces el acuerdo aboga á un mismo tiempo en

favor de la Biblia. Háse visto en un monumento de Tebas á Sesong, primer rey de la 22ª dinastía, encadenando á otro rey llamado, según la inscripción jeroglífica, rey de Judá. Pues bien, ese Sesong evidentemente es el Sesac de la Biblia que tomó á Jerusalem bajo Roboam. Tocante á las dinastías anteriores el acuerdo dista mucho de ser lo que se asegura. De los diez y siete reyes de la 18ª dinastía, cuyos nombres fueron descifrados por Champollion en algunos monumentos, sólo siete de dichos nombres hállanse en Manethon escritos casi de la misma manera. El Sesostris de este es enteramente diferente del de los egiptólogos, que descifraron de un modo muy distinto las mismas cosas en diversas épocas. ¿Acaso no hemos visto á Amenoftep, trasformado más tarde en Chebron, á Thutmosis en Amenofis, y á Acheuchenés de Manethon en Manduel, y más tarde en Manetta I, á Rhamses III confundido con Sesostris; al Sethos de Manethon, pasando de la 19ª dinastía á la 18ª, anciano de cien años, al paso que el término de su reinado se calcula desde un año hasta cincuenta y cinco años? La ciencia moderna ha descubierto y posee parte de los secretos de la lengua jeroglífica, con todo innumerables misterios ofrécese ante ella, y en sus interpretaciones hay mucho de arbitrario. A pesar del descubrimiento incontestable de la escritura fonética, en la manera de leer las palabras, á las cuales ella se aplica y mucho más todavía en la traduccion de los signos ideográficos, hay una incertidumbre y discordancia extraordinarias.—Respecto de las dinastías colaterales, véase á Desdouts, *Veladas de Monthéry*, página 286 y siguientes.

Diodoro de Sicilia.—Los monumentos, se dice, acompañados con el texto de Diodoro de Sicilia, se remontan á 2300 años antes de nuestra era. Esa fecha nada tuviera de incompatible con la cronología bíblica; mas ¿cómo es posible atribuir algun valor al relato de Diodoro de Sicilia? ó por lo menos, ¿cómo es posible poner de acuerdo á Ma-

nethon con Diodoro de Sicilia, quien, escediendo á su guía, pone por lo menos una reíntena de reyes, allí donde Manethon no coloca más que cuatro entre Sesostris y Proteo?

Diodoro escribía su *Biblioteca histórica* bajo Julio César y Augusto. Prolijo en los detalles frívolos y fabulosos, pasa por alto los asuntos importantes. Su credulidad excesiva nótese sobre todo en la descripción de la isla de Pancau donde veíanse, según él, alamedas de árboles odoríferos, prolongadas hasta perderse de vista, fuentes que daban nacimiento á varios canales orlados de flores, aves desconocidas cantando bajo unas ombrías eternas, un templo de mármol de 4000 piés de largo, etc. Dicho historiador prodiga, sin embargo, menos cuentos y fábulas que Ctesias y Herodoto. No concede, por otra parte, al Egipto una grande antigüedad. Según él, los sabios entre los egipcios contaban, los unos una duracion de 3000 años, los otros 16000 años. A estos les decía: O los sacerdotes egipcios mienten, ó sus años son unos períodos de uno ó dos meses, como es notorio que tales eran los antiguos años egipcios: testigos de ello Varron, Plutarco, Plinio, San Agustín, Diógenes, Lucrecio, Macrobio, Suidas, Proclus y Eudoxo.

Papyrus de Turin.—¿Cosa extraña! M. Francisco Lenormant parece admitir que la lista de los reyes del papyrus cedido por M. Dovretto, fué trazada bajo Rhamsés III (19ª dinastía), es decir, en una de las épocas más florecientes de la historia de Egipto, y que ella ofrece todos los caracteres de un documento oficial, tanto más precioso en cuanto cada nombre de rey va seguido allí de la duracion de su reinado, y que despues de cada dinastía figura el total de los años, durante los cuales ella rigió los destinos de Egipto. Y no obstante, M. Lenormant declara que dicho documento contiene una lista de todos los personajes míticos ó históricos, que se cree reinaron en Egipto en los tiempos fabulosos. La fábula fuera pues oficial. ¿Qué contradiccion tan desoladora! Mucho más

ilustrado y enterado, M. William Osburn, el autor de la *Historia monumental de Egipto*, no ha temido escribir en 1868: «La copia de Turin es muy reciente; ella fué escrita probablemente un siglo despues del nacimiento de Jesu-cristo. Un alemán ha encontrado el nombre de Cristo en más de uno de los últimos capítulos. Esto decia yo en Turin hace veinte años, y eso mismo repito con mayor seguridad despues de un estudio de más de quince años de la copia exacta de Lepsius. Los escritores de dicho papyrus fueron esos sacerdotes egipcios viajeros, mencionados por Petronio Arbitr, que atravesaron á lo largo y á lo ancho el imperio romano, vendiendo imágenes, amuletos y otras fruslerías, que compraban á precios ínfimos en las ciudades que cruzaban. El hombre que fué bastante insensato para hacer la oferta de pagar al precio de rescate de un rey esos 120 piés de papiro era uno de aquellos de sus convertidos ó pervertidos á quien escitaban á abandonar la agradable ciudad del Asia menor, donde habia nacido, para traficar con él. El templo de Isis en Pompeya, el obelisco de Benevento, y muchas pseudo-antigüedades de Roma son la obra de dichos sacerdotes vagabundos.»

Cuadro de los antepasados del templo de Karnak.—Por confesion de todos, si dicho cuadro no fuera un extracto arbitrario de las listas reales de Egipto, fuera un mentis dado á Manethon. El autor ha tomado acá y acullá una dinastía y olvidado las demás durante largos períodos. No da á las figuras que emplea orden alguno cronológico. En realidad el cuadro no presta á la ciencia servicio verdadero alguno; sólo ha servido para precisar mejor los nombres que llevaron los reyes de la 13.^a dinastía. Nada puede sacarse en claro por él, relativamente á la antigüedad de la monarquía egipcia, y además está sobremanera mutilado.

Tablas de Abydos.—Ellas son todavía un homenaje á los

antepasados tributado por Rhamsés II, de la 19.^a dinastía. Dichas tablas pudieran ofrecernos á lo sumo una lista de las seis primeras dinastías, así tan completa como la de Manethon, y nada añadirían, por consiguiente, á lo que se sabia ya.

Tabla de Sakkarah.—Véanse en ella escritos los nombres de cincuenta y ocho reyes. Esa coleccion parécese mucho á aquella que hizo Abydos, con algunas diferencias bastante considerables. El nombre de un principe omitido en una lista, es trasladado una ó dos veces á otra; algunas veces aun, de dos principes cuyo reinado fué incontestablemente simultáneo, uno de ellos figura en el Sakkarah, y otro en Abydos. Esa declaracion es de M. Mariette, quien añade: «Así pues, en los tiempos de la 19.^a dinastía, en medio de la competencia ó rivalidad ofrecida por los anales egipcios, no concordaban estos de una manera absoluta, respecto de aquellos que debian ser tenidos por soberanos legítimos, y la lista de los mismos variaba segun la ciudad, sin duda segun habia ejercido en ella ó no su poder.» ¡Qué argumento en favor de las dinastías simultáneas!

La antigua Crónica.—Ella supone 36525 años entre el principio del reinado del Sol, que cuenta por 30000 años, y el final del reinado de Nectanebo, primer rey de la 30.^a dinastía. Pues bien, 36525 años es exactamente veinte y cinco veces el ciclo sotíaco de 1461 años, ó lo que equivale á lo mismo, cien veces exactamente tantos años como dias el año contiene, en la hipótesis de 365 dias y un cuarto. Desde luego, como quiera que el período sotíaco y el año de 365 dias y un cuarto sean muy recientes en Egipto, el guarismo de la antigua crónica es en sí mismo una invencion tardía obtenida por un cálculo retrógrado. Dicha invencion no es en sí misma más que una ficcion cronológica, que sirve más bien á la verdad que al error. En efecto, la lista de las dinastías de aquella